

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 311.—LUNES 12 DE FEBRERO DE 1855.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

REVISTA UNIVERSAL.

Noticias militares. La gran revista que el emperador de los franceses pasó el 30 de diciembre último á las tropas de la guarnición de París, y en cuyo acto se presentó por vez primera con la órden de San Estéban, enviada por el emperador de Austria, tuvo lugar en obsequio del veterano feldmariscal austriaco, conde Lowal Nugent, que se halla en dicha capital con una misión militar.

—Los batallones de cazadores del ejército de Baviera han sido armados todos con carabinas de espiga en la recámara, según el sistema de Thouvenin. El ánima de 0,635 pulgadas rhiniana, permite calzar cartuchos de bala ordinaria en caso de faltar la munición con proyectil de forma cónica. La construcción de esta arma es muy sencilla; la certeza de los tiros tal, que á una distancia de 700 á 1,000 pasos hieren de 15 balas de 4 á 4 un blanco de 4 pies de diámetro, y el manejo sumamente fácil.

—Refiriéndose el *Morning-Post* á su corresponsal en Crimea, asciende el estado de fuerza de las tropas expedicionarias inglesas en aquella península, no comprendiendo los jefes y oficiales subalternos, á 40,932 hombres, en cuyo número total figuran 2,191 sarjentos y cabos, y 636 tambores.

—El joven emperador de Austria despliega una actividad personal extraordinaria en las circunstancias presentes: así es que inspecciona cuantas tropas pasan por la capital con destino á la Moravia y Bohemia, tanto que un batallón que sobre las nueve de la noche llegó por el camino de hierro, se encontró con el soberano en el embarcadero, en donde lo esperaba para conforme iban saliendo las tropas de los wagones irles inspeccionando.

—El ejército terrestre de los Estados-Unidos del Norte América no asciende en el día mas que á 10,745 hombres, quedando sin embargo autorizado el gobierno para elevar el estado de fuerza á 14,216 hombres.

Telegrafía. Para principios de febrero próximo debe inaugurarse, según escriben de Roma, la línea telegráfica eléctrica, que pondrá esta capital en comunicación con Bolonia, ciudad á 50 1/2 leguas N. de Roma, y con el resto de Europa.

—Se ha inaugurado la línea telegráfica entre Bukarest y Cronstad en los estados austriacos.

Industria. Perteneciente á un tal Lepechekin existe á unos 50 kilómetros de Moscov un establecimiento manufacturero, en el cual funcionan de día y de noche hasta 80,000 husos, 300 telares, varios talleres de preparación y de tintes perfectamente montados.

Este colosal establecimiento ocupa una superficie de 25 hectáreas, y tiene en su recinto una iglesia, un hospital, una escuela y un cúmulo de habitaciones para los obreros. El número de estos asciende á 4,500, que producen con la mano y máquinas al pié de 400,000 piezas de tela en cada año.

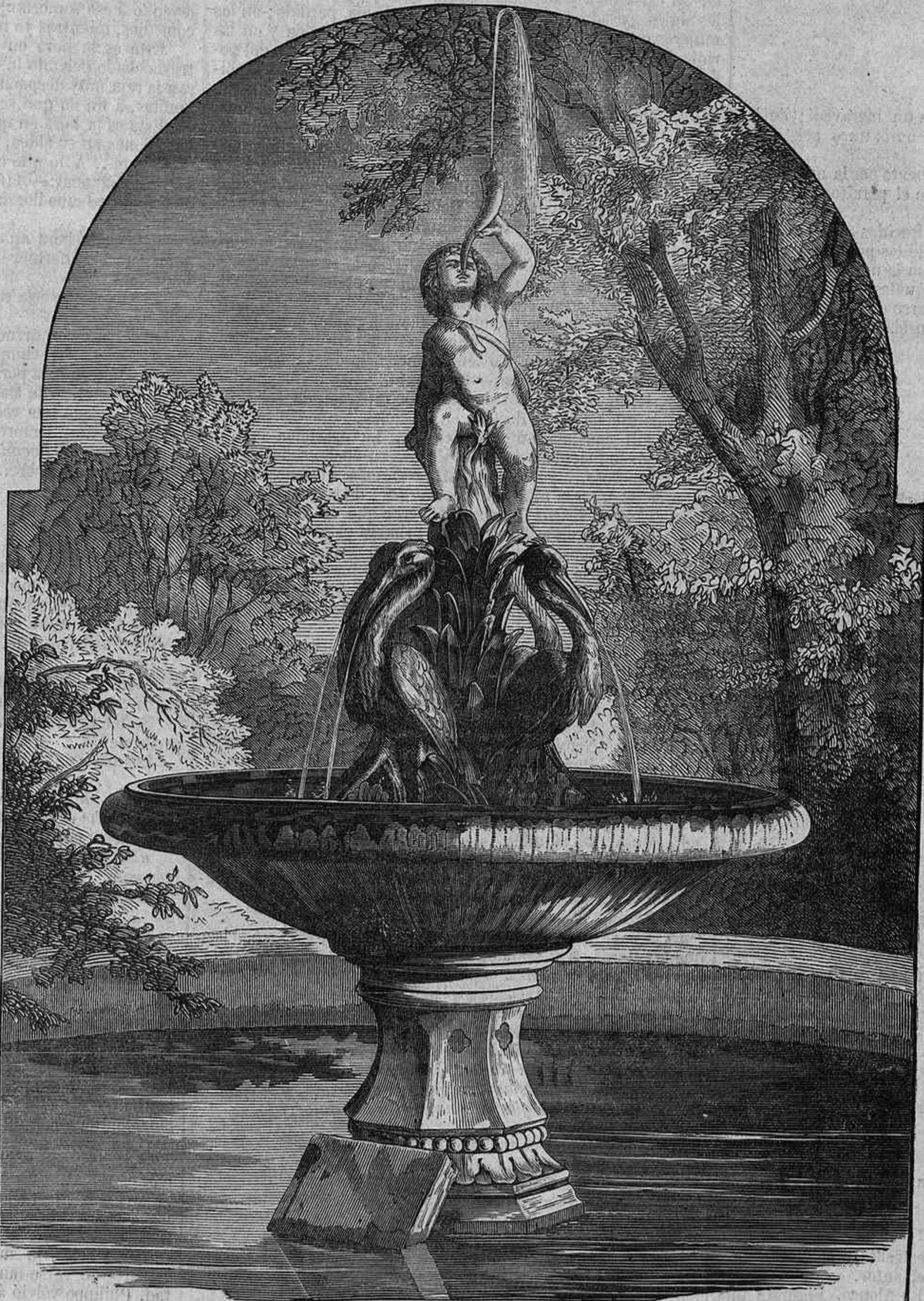
Otro establecimiento análogo hay en las cercanías de Preslau, distante 150 kilómetros de Moscov, en el cual funcionan incesantemente tambien 80,000 husos.

En la misma ciudad de Moscov existe una fábrica de telas de lana de mucha consideración, ocupando un terreno de treinta hectáreas superficiales. Parte de este vasto edificio le devoró un incendio el día 3 de diciembre próximo pasado, ascendiendo la pérdida total á 2.400,000 francos. El número de opera-

rios de este establecimiento sube á 3,000, á los cuales, como en todas las fábricas en Rusia, se les dá habitación y comida.

Invencciones y descubrimientos. De algun tiempo á esta parte no hemos oido en el campo de los descubrimientos militares mas que de instrumentos y aparatos destructores: hoy podemos dar cuenta de uno en sentido opuesto, á saber: de un saca-balas de las heridas (bullet extractor) recibidas en campaña, aparato que debe llamar mucho la atención de los profesores del arte de curar. Consiste el tal instrumento en una pequeña máquina pneumática, en un cilindro y una sonda en forma de tubo, teniendo la extraordinaria ventaja de que con su uso se hace innecesario el ensanche de la herida con la cuchilla. El inventor es un tal Miles, inglés, habiendo el gobierno británico mandado construir con destino para los ejércitos aliados en Crimea un gran número de estos aparatos al aventajado fabricante de instrumentos quirúrgicos de Coxeter en Cambridge.

Medicina. *Influencia de la estructura geológica sobre las enfermedades endémicas.* El célebre Escherich ha encontrado en sus respectivos viajes por Alemania, Francia é Italia la firme convicción de que la tisis, enfermedad la mas común, como es sabido, puesto que una quinta parte de los fallecimientos de personas adultas debe atribuirse á ella, predomina preferentemente y en mayor número en terrenos terciarios y calcáreos. La estadística de mortalidad de las ciudades Génova, Marsella, Montpellier, París, Londres y Viena, situadas todas ellas sobre una capa calcárea, presentan un número excesivo de víctimas de la tisis. Las tres metrópolis europeas Londres, París y Viena cuentan entre el número total de fallecimientos de personas adultas un 25 por 100 de tísicos, mientras que Lyon, Milan y Roma con todas sus condiciones inherentes á las grandes poblaciones, pero que varían respecto á la naturaleza geológica, tienen apenas una mitad de aquel guarismo proporcional de víctimas de tan terrible enfermedad en sus estados de defunciones. Tal, como por ejemplo, se presenta la tisis pulmonal bajo sus diferentes caracteres como enfermedad común entre los habitantes de las comarcas superiores del Jura, cadena de montañas que destacándose de los Alpes se estiende por la Suiza y Francia, hállase por otro lado en clase de males endémicos el crotinismo y la bronconcele, llamada vulgarmente papera. Abriéndose empero el cultivo por doquiera, desaparece la inmediata influencia de las condiciones geológicas hasta el punto que no se puede ya con la mayor certeza aducir en todas partes la influencia de la naturaleza geológica sobre el organismo en general, como sobre el desarrollo de determinadas enfermedades. En íntima relacion se halla la calidad de las aguas potables: así es que, por ejemplo, en aquellos países en que se beben las mas cristalinas, y que vienen filtrando por tierra pizarrosa y roca primitiva, se hallará entre sus habitantes muy generalizada la papera y el crotinismo, tal como en el Vales



Fuente de hierro fundido, hecha bajo la dirección del artista Kalide, de Berlin, por Alberto Meyers.

Glarus, cantones ambos de la Suiza, en Saboya, en el alto Es-

tiria, Austria y en Salzburgo. —Se trata de establecer en Francfort un palacio meridional, es decir, un edificio de cristal de colosales dimensiones, que ocupará hasta 4,000 estadales superficiales, construido bajo los principios del de Pagton, y dentro del cual habrá constantemente un clima tropical de 14 á 18° R. El objeto de este establecimiento es favorecer el total restablecimiento de un sin número de físicos, mujeres de alguna edad, que padecen achaques de nervios, niños de complexión en demasía débil, convalecientes etc., á los cuales es de suma precisión para recuperar la salud un clima meridional constante. La galería ha de encerrar habitaciones para centenares de enfermos, un jardín tropical, baños grandes de agua caliente para nadar, picadero, gimnasia etc., etc.

Biografía. Procede de la familia de Gortschakoff de Rurico y Wladimiro el Grande, contándose entre los individuos de ella á S. Miguel de Tehernikoff, á varios guerreros que combatieron contra Segismundo III de Polonia, y contra los turcos, distinguiéndose como generales, y á uno de los poetas que con mas gloria escribieron las sátiras y epístolas poéticas. El príncipe Alejandro de Gortschakoff, el mas jóven de sus tres hermanos, nació hácia el año de 1800, y se dedicó á la carrera diplomática, para la que demostraba un talento precoz: secretario de la embajada rusa en Londres á los 20 años, fué á poco como encargado de negocios á Florencia, pasó de embajador á Viena y á Stuttgart, en donde consiguió hacer la boda del príncipe heredero de Wurtemberg con la gran princesa de Otga. En 1850 obtuvo el nombramiento de ministro representante de la Rusia en la confederación alemana, conservando su puesto de embajador de Stuttgart, y por último fué á Viena en 1854 en reemplazo del Barón de Meyendorff. Es de una importancia suma el problema que allí está llamado á resolver, y si sus constantes esfuerzos no se han visto aun coronados con un resultado pacífico, no hay que atribuirlo á falta de aptitud para el desempeño de su alto puesto, en el que ha desplegado toda la prudencia y habilidad que son peculiares, por lo general, á los diplomáticos rusos.

SOY, TENGO Y QUIERO.

HISTORIA MADRILEÑA.

I.

El autor.

Yo gusto de los poetas que no tienen un maravedí; de las niñas pídas y bellas que montan en su nariz unos aristocráticos quevedos; De las tardes de otoño, si hubo tormenta por la mañana; Y de una ópera de Verdi, oída desde el paraiso del teatro Real. Pues este paraiso, como todos los ofrecidos en las religiones de que me acuerdo, es el consuelo de los pobres; Y las tardes de otoño hacen pensar en la muerte; Y las niñas con un ojo son muy coquetas; Y la pobreza pone al genio en su carro de dios terrenal. Divinidad, coquetismo, muerte y consolacion que Soy, TENGO Y QUIERO.

II.

Alonso idem.

Alonso Alonso vive en Madrid. Tiene diez y nueve años. Es alto, bello y elegante. Un día le encontró en la calle de Hortaleza el autor de la presente historia. —¿Dónde vas? le dijo. —A cualquier parte, respondió Alonso Alonso. —¿Qué tienes? —Voy muy triste. —Siempre lo estás. —Hoy mas que nunca. Vengo de estar solo en el Prado entre dos ó tres mil personas. —¿En qué te ocupas? —En nada. —¿Por qué? —Porque no tengo dinero. —Razon de mas para que trabajes. —No sé. —Haz una comedia... —Se emplea mucho tiempo. —¿Qué importa? —¿La comprarás tú luego? —No; pero en algun teatro... —En España no hay teatros. —Haz un tomo de poesías. —No hay editor que las quiera de balde, ni público que las lea tomando dinero encima. —¿Qué piensas pues hacer? —Nada. He dedicado mi juventud á una carrera demasiado brillante, á las bellas letras, y mi huésped conviene conmigo en que estas señoras no producen lo bastante para comer. —Solicita un destino... —Seis mil pretendientes hay en Madrid esperando una vacante. —Escribe en un periódico... —Cuando yo me inspiro no sé mentir, ni me inspiro gratis. —Busca una novia y cástate. —No puede ser. —¿Por qué? —Porque estoy enamorado de una mujer que no me amará nunca. —¿Quién es? —La duquesa de ***. —El autor no recuerda si dijo tres estrellas, ó cuatro. —¡Pobre Alonso Alonso! exclamó el autor. —¡Maldita sociedad! exclamó Alonso Alonso. Figúrate una mujer pálida, bellísima, de risa desdeñosa, atrevido peinado, y talle delicioso. Añade, para colmo de tortura, unos imperti-

nentes queveditos cabalgando sobre su nariz delicada; una cara que levanta con osadía para mirar por los lentes; una mano larga, que cae indo ente á lo largo del vestido; una mirada que nunca se fija; que todo lo desdeña... ¡Oh! ¡Y el lacayo de esa mujer será acaso mi pariente, mi amigo!... ¡Y esa mujer no puede ser mia! ¡Desesperacion! ¡Pues qué ella no pertenece á la region de mis deseos, al mundo de mis esperanzas! ¿Por qué hace gala ante mí de unos tesoros que no ha de concederme? ¡Tanto valiera enseñar pan á un mendigo y rehusárselo en seguida!

El jóven calló: el autor meditó un momento, pues se trataba de las mujeres, y dijo con gravedad:

—Alonso Alonso, ¿crees en el infierno? —No. —Pues ahórcate. —Lo pensaré, repuso Alonso Alonso. Y se alejó hácia la Red de San Luis. A poco volvió sobre sus pasos, y divisando al autor á lo lejos, le preguntó á voces: —¿Eh!... chico!... ¿Y tú? ¿crees en el infierno? —Yo creo en tí, respondió el autor. Y cada cual siguió su camino.

III.

La Musa.

El que esto escribe no ha vuelto á saber de Alonso Alonso. Pero como su musa lo sabe todo, la llamó una tarde y la dijo:

EL AUTOR. Responde; Diosa! ¿qué es de Alonso Alonso? LA MUSA. ¿Alonso Alonso?... ¡Ah! EL AUTOR. Cuéntame. LA MUSA. Ayer al medio día hubo tormenta en Madrid. EL AUTOR. ¡Gran noticia, Musa!

LA MUSA. (Imperurbable.) Y por consiguiente Alonso Alonso pasó la tarde en el campo. Yo estuve con él, porque me evocó tres veces con lágrimas en los ojos. Paseábase tu amigo por la montaña del Príncipe Pio, aspirando los efluvios eléctricos que la tempestad habia dejado en la atmósfera, y el viejo corazon del niño se dilataba, queriendo absorber océanos de ambiente. Alonso Alonso era feliz, porque pensaba en todas estas cosas: en los siglos pasados, desvanecidos como humo; en su existencia y sus penalidades que se desvanecian como los siglos pasados; en los amigos que habia perdido; en las mujeres que habia amado; en la brevedad de la vida y en las ridículas exigencias de que está poblada; en la vanidad del poder; en la palabrería de las ciencias; en la nada de la ambición; en toda esta comedia, en fin, que representa diariamente la humanidad. Entonces Alonso Alonso era grande, rico, feliz, sabio, rey, ángel! Su imaginacion abarcaba el universo entero. Si en aquel momento, en que todas sus facultades intelectuales estaban despiertas y todos sus nervios excitados; si en aquella hora de inmensa sensibilidad hubiera escuchado alguna de esas rústicas armonías que Bellini dejó á su paso por la tierra... oh! el desgraciado niño hubiera perecido ahogado en lágrimas! La luz crepuscular heria tan íntimamente su alma de poeta, que todos sus recuerdos saltaron á su imaginacion. Aquella agonía de la naturaleza le representaba la agonía de su esperanza. La muerte del día le hablaba de su vejez, á que no llegaría; de su muerte, que no lloraría nadie. Quedó abismado en una somnolencia estática que ya no era vida. Su alma habia huido de la tierra. No tenia conciencia de sí mismo. No sabia dónde se encontraba. —De pronto... —ya habia anochecido—siente el crugido voluptuoso de un traje de seda. La forma de una mujer se destaca en los cielos, y quedan tras ella ocultas mil constelaciones de estrellas. La aparicion avanza; llega al jóven; siéntase á su lado; rodea su cuello con un brazo tibio y amoroso... y Alonso Alonso reconoce á la encantadora duquesa de *** á la niña de los quevedos, de la carretela y del palco. Cree el infeliz que sueña; cree que se vuelve loco; cree... hasta en un milagro! —A la primera palabra de la beladad, Alonso Alonso arroja tan brutal carcajada, que rueda truncado sobre la tierra, como una estatua herida de un rayo, y la vision fascinadora huye y desaparece, riéndose á su vez!

EL AUTOR. Diosa, tú deliras; tú me engañas; tú me cuentas imposibles.

LA MUSA. (poniéndose bermeja.) Te digo la verdad. Aquella niña era...

EL AUTOR. ¡Musa!

LA MUSA. Ni mas ni menos.

EL AUTOR. La duquesa de ***

LA MUSA. Nombre de guerra.

EL AUTOR. Pero Alonso...

LA MUSA. Es un muchacho á quien engañan todos sus amigos.

EL AUTOR. Pero la carretela...

LA MUSA. De alquiler.

EL AUTOR. Pero el número...

LA MUSA. Lo tenia oculto entre dos palmas y bajo una diadema de rosas, de modo que parecia un blason.

EL AUTOR. Prosigue, Musa.

LA MUSA. Perdida aquella suprema ilusion; roto aquel lazo que le retenia en el mundo; viéndose tan pobre y tan solitario, recordó que el canal estaba próximo, y se dirigió á él. Llegó á la pradera. La noche estaba espléndida. Los árboles, rejuvenecidos por la lluvia, exhalaban acres y vigorosos perfumes. Los astros inmóviles parecian los farales avanzados del puerto de la bienaventuranza... El último reflejo vespertino brillaba aun á lo lejos como un broche de oro del manto negro de la noche...

(La Musa se entusiasma, pierde los estribos, y se pone á hablar en verso, pl. giando una poesia del autor.)

Mas no penseis por esto, provincianos, que el lugar de esta escena es un eden; los pobres cortesanos moran en una orilla, nada amena, da un riachuelo que emigra los veranos.

Raquítica y enclenque y desteñida es la natura aquí; pálido arde el claro sol, hoguera de la vida; es la vejetacion pobre y cobarde; flaca la aurora, cual mujer perdida, y, cual vieja soez, sucia la tarde.

¡Oh! ¡Bien hayan, tan lejos de los hombres y tan ocultos á los madrileños, los países sin pueblos y sin nombres que abriga la feraz Sierra Morena!... De los montes rondemos ¡bien hayan las augustas soledades, y la campiña plácida y serena, donde encontréis bordada con suaves contornos de Sirena á Córdoba, á Sevilla ó á Granada!

EL AUTOR. Señora Musa, quisiera que en vez de hablar de geografía, se ocupase Vd. de Alonso Alonso.

LA MUSA. (picada.) Yo hablo de lo que quiero.

EL AUTOR. Entonces, puede Vd. irse: para nada la necesito.

LA MUSA. ¡Insolente!

EL AUTOR. ¡Bachillera!

LA MUSA. ¡Vd. me llamará algun dia!

EL AUTOR. ¿Yo? Pierda Vd. cuidado. Mañana pido turrón al gobierno.

LA MUSA. Abur, ingrato, pérfido, materialista!

EL AUTOR. ¡Vaya Vd. con Dios, señora!

IV.

El autor recobra la palabra.

Entre estas y las otras, querido suscritor, han dado las cuatro y media de la mañana.

El alba se rie de mí, asomando su rubia cabeza por el agizmez oriental de su palacio.

El reflejo del lucero matinal viene á poner mas blanco el papel en que escribo.

La luz de mi lámpara palidece, como una virgen moribunda, ó como un disoluto arruinado.

Por el balcon de mi aposento entra un aire frio como un beso hipócrita.

Las estrellas desaparecen poco á poco, como esos misteriosos jeroglíficos que el tiempo borra de las pirámides milreas.

La luna se ha ido á América: acaba de ponerse aquí y va á aparecer allá, como una actriz que, terminada la funcion de la tarde, se viste para la de la noche.

Me duele la columna vertebral de estar inclinado hace una hora sobre el escritorio, despues de haber pasado toda la noche leyendo á ese somormujo de Lope de Vega que escribió 1,800 comedias, mientras yo no me atrevo á hacer una.

Esta es la hora en que las niñas de Andalucía, que han trasnochado pelando la pava, dicen á su novio: adios... y cierran la reja muy despacito, procurando, al hacerlo, ponerse muy bonitas, á fin de que se vaya lo uno por lo otro.

Esta es la hora en que los estudiantes, que han pasado las vacaciones en su aldea, llegan al lecho de su madre y la dicen: —Me voy... A lo que contesta la madre, ocultando la cabeza entre las sábanas: —Adios, hijo de mi alma! Despues de lo cual el estudiante sube llorando á un burro que le lleva á la universidad.

Esta es la hora en que el enfermo se duerme ó se muere, y en que el enfermero retarda veinte minutos la pocion mas importante.

El sabio, que vela sobre un libro, da una cabezada al llegar esta hora.

El sereno se acurruca en una puerta.

El arriero y el campesino echan el aguardiente.

El adúltero baja por el balcon.

Y el escudero de Marte canta tres veces en el corral; porque San Pedro negó tres veces á Cristo.

Buenos dias, lectores; voy á acostarme.

(Al tiempo de dormirme.) ¿Qué habrá sido de Alonso Alonso? ¿Se suicidaria? ¡Pobre... muchacho...! Mañ... na... nos... (El autor se duerme.)

V.

Conclusion.

Son las doce del dia. De un dia hermoso de octubre.

¡Dia magnifico para ser amado!

¡Qué espantosos sueños he tenido anoche!

Creo haber escrito... Si... veamos.

¡Cielos!

Alonso Alonso, muerto ó vivo, ha entrado en mi gabinete durante mi sueño, y ha concluido este artículo.

No tengo duda. Es su letra. ¿Por qué se habrá ido sin despertarme?

Leamos.

«Creo en el infierno.»

«Anoche evité un suicidio.»

«Viviré para hacer bien.»

«El hombre se debe al hombre, y hay quien sufra mas que yo.»

EL AUTOR.—Este chico morirá loco.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

EL RETRATO DEL PIRATA.

Philippo Luppi, conocido entre los mas célebres pintores del siglo XV bajo el nombre de hermano Felipe, desde su mas tierna edad habia sido recogido en un convento de Florencia. La vista de las grandes obras de Maccacio, que adornaban la iglesia del Carmine, le incitaron excitando su ingenio y revelándole una vocacion irresistible por la pintura.

Una noche que estudiando la naturaleza se paseaba por el Adriático en una góndola, á corta distancia de Ancona, fué hecho cautivo por un corsario africano, y obligado á tomar parte en sus piraterías. Diez y ocho meses hacia que Philippo arrojaba la suerte de las correrías de los piratas cuando concibió la idea de hacer el retrato del jefe, el que ejecutó con un carbon y sobre la muralla por falta de colores: enajenado el corsario de verse tan bien representado, le restituyó la libertad. Philippo volvió á Italia, donde fué encargado de los grandes trabajos de la catedral de Spoleto y en los cuales alcanzó su gloria y su fortuna.

ANALES DE LA GUERRA DE ORIENTE.



ANALES GEOGRAFICOS.

BALAKLAVA Y KAMIESCH.

Esceptuando Sebastopol, no se conocía en el Euxino ningún puerto donde pudiesen guarecerse los buques de alto bordo. No obstante, después del desembarco de las tropas aliadas en la Crimea y del cerco de Sebastopol, los ingleses descubrieron el puerto de Balaklava, y los franceses el de Kamiesch.

Tocante á los rusos, además del de Sebastopol, poseen el puerto de Nicolaiew, en donde los numerosos depósitos y los inmensos materiales y abastecimientos de que pueden disponer, les permitiría á la vuelta de algunos años reconstruir una flota mas poderosa de la que poseen en la actualidad; solo que es de presumir que, tomada por las tropas aliadas Sebastopol, irán luego á visitar Nicolaiew.

Kamiesch se halla aproximadamente á dos horas distante de Sebastopol, al Mediódia, formando una prolongada bahía que se interna paralelamente casi con la de Sebastopol, extendiéndose de Este á Oeste. A la entrada de la bahía hay mas de diez metros de profundidad. En el fondeadero se ven hoy agrupados mas de 200 buques de transporte; en el centro estan anclados los barcos de vapor, y á la entrada los navíos de vela de la armada. Los navíos y fragatas de guerra á vapor son los puestos avanzados de la parte exterior de dicha bahía, prolongándose sobre la costa hasta el frente mismo de Sebastopol.

En el número 303, si no me engaño, de este periódico, y en un artículo suscrito por mí, sobre «El clima de la Crimea», dije que era esta península un sitio de recreo y de deliciosa mansión para los opulentos moscovitas, porque do quiera abundaba una portentosa vegetacion, do quiera jardines con variados pensiles, suculentas frutas y viñedos que producian excelentes uvas. Hoy todo eso desgraciadamente ha variado: ocupado todo el país por los ejércitos aliados, presenta el aspecto de una ribera desnuda, y allí donde hace dos años extendianse vastos jardines y viñedos que enviaban sus frutos á todo el dilatado imperio moscovita, hoy solo se ven desiertos. Todo ha sido destruido, y destruido por precision, por necesidad; porque si bien es cierto que se halla el ejército aliado provisto abundantemente con toda clase de víveres, y aun de prendas de vestuario para abrigarse contra las intemperies del invierno, carecían de leña, y no siendo posible traerla de fuera, los soldados se vieron precisados á cortar las vides y los árboles frutales para procurarse lo mas necesario en esta estación, es decir, los medios de poder cocer los alimentos que se les distribuían.

Sobre la costa del Norte de la bahía, y casi á orillas del agua, se aperciben algunas casas de piedra y una infinidad de tiendas de campaña, y sobre la misma playa una porcion de pertrechos de guerra; pipas, toneles, cajones, bultos, cañones y pirámides de balas y bombas. (En la página 28 del número 307, de este periódico, podrá ver el lector un lindo grabado que representa la vista que bosquejamos en estas líneas). Es el puerto de Kamiesch el depósito general de la administración militar y de la artillería; allí es donde se surte todo el ejército de cuanto há menester.

Seguendo siempre hácia Sebastopol, se ven las tiendas de campaña alineadas en prolongadas hileras; díriase que los hombres se han apoderado de esa playa desierta para en ella fundar una ciudad. (ver el número 307).—No existían caminos, pero necesitábase uno, que en el espacio de tres meses construyó el ejército francés, á imitación de los antiguos romanos; camino empedrado que enlaza este punto con Balaklava: no está del todo concluido, pero lo estará muy pronto. Tampoco tenían agua dulce en la playa; pero con otra obra de romanos la han hallado en pozos ocultos, y construido un acueducto de nada menos que de un kilómetro de largo, que conducirá el agua potable á la playa, y proveerá con abundancia á la marina.

En una palabra, barracas y caseríos se elevan por todas partes; tiendas de campaña en todos sentidos; hormigueros de hombres cubren todo el país; es una verdadera toma de posesión de la Crimea.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid, febrero 6, 855.

ANALES EPISODICOS.

PETCHORINE, ó UN HÉROE CONTEMPORÁNEO.—ESCENAS DE LA VIDA RUSA EN EL CÁUCASO, POR MIGUEL LERMONTOFF.

(Continuacion.)

—Está en esa otra habitación, yo aun no la he visto. Está sentada en un rincón cubierta con su velo. No ha desplegado sus labios ni aun para suspirar. Es tan salvaje como una gamuza. He comprometido á nuestra vivandera para que la sirva. Esta mujer comprende el tártaro, y la acostumbrará á la idea de pertenecerme, haciéndola comprender que nunca será mujer de otro, añadiendo dando un puñetazo sobre la mesa.

No puse obstáculo alguno á su designio, porque hay hombres á quienes nada puede negárseles.

—¿Y la acostumbró á aquella idea, ó pereció de nostalgia en su prision?

—¿Por qué había de perecer de nostalgia? Veía desde el fuerte las mismas montañas que desde su aldea, y aquellos salvajes no piden mas. Y además Gregorio le hacia todos los dias algun nuevo presente. Los dos primeros dias los rehusó orgullosamente, por lo cual se le dieron á la vivandera para aumentar su elocuencia. ¡Pero qué presentes! ¡Y qué no hace una mujer

por algunas brillantes bagatelas! Pero seguramente no es esta la ocasion de decirlo. Gregorio Alejandrowitch estuvo mucho tiempo sin llegar á amansarla. Mientras tanto él aprendía el tártaro y ella comenzaba á comprender el ruso. Poco á poco se acostumbró tambien á verle, y aunque al principio no le miraba mas que á hurtadillas, y volvía la cabeza cuando él entraba en su habitación. Estaba siempre muy triste la jóven, y cantaba con una voz tan débil y tan lastimera, que yo siempre me conmovia vivamente cuando la oía en la pieza inmediata. Nunca olvidaré una escena de que fui testigo hallándome enfrente de la ventana. Bela estaba sentada sobre una silla, con los ojos bajos y la cabeza inclinada sobre el pecho. Gregorio Alejandrowitch en pié delante de ella.

—Hermosa mia, le dijo, ¿sabeis que tarde ó temprano habeis de ser mia. ¿Por qué pues hacerme sufrir así? ¿Amáis á algun circasiano? En ese caso os pondré en sus manos.

Estremeciéndose Bela casi insensiblemente, y sacudió la cabeza.

—¿Me odias quizá?

Bela suspiró dulcemente.

—¿Os prohibe vuestra religion amarme?

Palideció la jóven y guardó silencio.

—Creedme; Dios es el padre de todos los hombres, y puesto que me ha permitido amaros tan apasionadamente, ¿por qué habia de prohibiros el que me hiciérais feliz con vuestra correspondencia?

Miróte ella fijamente, y yo creí ver en su mirada la incredulidad y el deseo de ser convencida. ¡Qué ojos! Brillaban como carbones encendidos.

—¡Oh querida y dulce Bela! continuó Petchorine: veis cómo os amo: estov pronto á daros todo lo que podais desear para ser feliz. Quiero veros feliz y contenta: si continuais triste, moriré. Decid: ¿estareis un poco mas alegre?

Bela parecia sumida en profundas reflexiones; pero sin separar de él sus miradas, sonrió dulcemente é hizo un signo afirmativo.

Tomóle Petchorine la mano y le pidió que le diera un beso; á lo que ella se resistió, si bien débilmente, principiando á temblar y á verter lágrimas.

—Soy vuestra prisionera, dijo; y después de todo ¡tal vez me obligeis á la fuerza, y continuó llorando.

Gregorio se dió un golpe en la frente, y se lanzó de la cámara de Bela á la suya. Entró con él: media el salon con tristeza y los brazos cruzados.

—Y bien, mi querido amigo, le dije, ¿dónde estais?

—Es un demonio y no una mujer, respondió; y sin embargo, será mia dentro de ocho dias.

Sacudí yo la cabeza con aire incrédulo.

—Apostemos, dijo.

—Con mucho gusto, repliqué.

Cambiamos un apretón de manos, y me retiré.

Al dia siguiente envió un mensajero á Kislar, para que hiciese algunas compras. Bien pronto las mas preciosas telas de Persia llenaron la habitación.

—¿Qué pensais de esto, Máximo Maximitch? me preguntó mostrándome aquellos presentes: ¿puede una belleza asiática resistir á semejante batería?

Respondíle:

—No conceis á las circasianas: no son grusianas, ni tártaras Nogai: tienen otras ideas y otra educacion.

Sonrió Gregorio Alejandrowitch, y se puso á silbar una marcha.

Por último, ví, que habia tenido razon. Los presentes solo hicieron un efecto parcial. Manifestóse Bela un poco mas benévola y mas confiada, pero nada mas. Resolvió entonces Petchorine ensayar los últimos recursos. Una mañana hizo que ensillasen su caballo, vistió el traje y la armadura de los circasianos, y entró donde ella estaba.

—Bela, dijo, sabeis cuánto os amo: os he robado con la esperanza de que podriais amarme luego que llegárais á conocerme. Me he engañado... ¡Adios! Os dejo en plena posesion de todo lo que tengo: sois libre, y podeis volveros á casa de vuestro padre, si quereis. Soy culpable á vuestros ojos, y debo sufrir el condigno castigo. ¡Adios! No sé adónde voy; pero confío que no he de librarme mucho tiempo de las balas y los sables. Entonces acordaos de mí y perdonadme.

Dijo, y separóse de ella, pero tendiéndole la mano como si fuese á partir.

Ella no cogió la mano que se le tendía y guardó silencio. Yo estaba detrás de la puerta, y veía el rostro de Bela; verdaderamente la compadecia. ¡Qué palidez cubria aquellas facciones encantadoras!

Viendo Petchorine que no recibia respuesta alguna, se dirigió hácia la puerta. Temblaba, y debo decirlo que estoy plenamente convencido de que hubiera cumplido la amenaza que acababa de hacer de marcharse, porque ¡solo Dios sabe cuán singular era aquel hombre! Pero cuando ya tocaba el umbral, saltó Bela hácia él y le abrazó vertiendo un torrente de lágrimas. ¿Lo creereis? Pues yo lloraba tambien detrás de la puerta; es decir, no lloraba en realidad, pero...

Detúvose el capitan y lanzó un suspiro

—Verdaderamente, continuó acariciando su bigote, estaba triste, porque nunca habia sido amado por mujer alguna.

—¿Y fué duradera su felicidad? pregunté.

—Sí; fueron felices; y Bela nos confesó mas adelante que desde el dia que habia visto á Petchorine por la primera vez, se le habia aparecido frecuentemente en sueños, y que nunca hombre alguno habia hecho en ella semejante impresion. Fueron verdaderamente felices.

—¡Qué diablo! exclamé involuntariamente: me he fastidiado. Esperaba un fin trágico, y héme aquí burlado en mis esperanzas.

¡Pero es posible, repuse al cabo de algunos instantes, que el padre no hubiera sabido nunca que su hija estaba oculta en el fuerte?

—Hubiera podido adivinarlo; pero después de unos cuantos

dias supimos que habia sido asesinado. Sucedió esto de la manera siguiente:

Encontrábase mi curiosidad escitada de nuevo.

—Debo deciros por lo pronto, con inuó el capitan, que Kasbitch sospechó que Asamat le habia robado el caballo con el consentimiento de su padre. Así lo creo al menos. Por esta razon se colocó en emboscada á unas tres leguas de la aldea, para esperar al príncipe. Era esto cuando el anciano regresaba después de haber buscado en vano á su hija por los alrededores: su comitiva venia muy detrás de él: estaba ya oscuro, y cabalgaba el príncipe lento y distraidamente, cuando de súbito salió Kasbitch de en medio de las malezas, se lanzó como un tigre sobre el caballo del príncipe, á quien atravesó de una puñalada, le echó á tierra, cogió la brida, y huyó al galope. Un individuo de la comitiva del príncipe fué testigo de aquella escena desde el alto de una colina. Lanzáronse todos en persecucion del bandido, pero ninguno pudo alcanzarle.

—¿Se indemnizó y se vengó del hurto de su caballo? dije yo, que deseaba conocer la opinion de mi compañero.

—Sin duda, dijo, y segun las ideas circasianas estaba en su derecho.

Chocóme involuntariamente la aptitud de los rusos para entrar plenamente en la manera de ver las cosas y adoptar las costumbres de todas las naciones con que se encuentran en contacto. No sé si esta facultad merece alabanza ó vituperio; pero es una prueba de la increíble rectitud de su ánimo y de ese buen sentido que les hace escusar el mal donde quiera, cuando es inevitable y no puede contrarestarse.

IV.

Mientras tanto habíamos concluido de tomar el té: los caballos estaban enganchados largo tiempo hácia á la corbeta y tiraban en la nieve. La tempestad se habia apaciguado; la luna aparecía en Occidente y se ocultaba en medio de sombrías nubes flotando como un velo desgarrado en derredor de las montañas lejanas.

A pesar de la prediccion de mi compañero iba despejándose el cielo y nos era lícito esperar que la madrugada estaria hermosa. Las estrellas tan maravillosamente agrupadas en el horizonte, desaparecian una en pos de otra á medida que la débil y temblorosa blancura del Oriente comenzaba á aparecer sobre el violado oscuro del cielo, é iluminaba poco á poco las pendientes escarpadas de las montañas cubiertas por igual de blanquísima nieve. A derecha é izquierda nos amenazaban negros y profundos abismos, y la niebla replegándose y extendiéndose semejava á una serpiente gigantesca, se arrastraba sobre las rocas escarpadas como si sintiera y temiese la proximidad del dia.

Todo sobre la tierra y en los aires estaba en calma, como el corazon del hombre á la plegaria de la mañana. De vez en cuando soplabá de Levante un viento helado que levantaba las crines de nuestros caballos cubiertas de escarcha. Partimos. Cinco rocines arrastraban lentamente cada una de nuestras carretas sobre el sinuoso camino del monte Gud. Seguianos á pié y poníamos piedras bajo las ruedas de detrás cuando las bestias se paraban con el cansancio. Parecia que el camino conducia derecho al cielo; porque todo lo que alcanzaba á ver nuestra vista no cesaba de subir hasta que se perdía en la nube que desde el dia antes reposaba sobre la cima del monte Gud, semejava á un buitre que se prepara á caer sobre su presa. Reclinaba la nieve bajo nuestros piés; el aire estaba tan enrarecido, que nos costaba trabajo respirar; la sangre se nos subia á la cabeza. Sin embargo, recorria vuestras venas cierta sensacion de bienestar, y yo experimentaba un placer singular al verme tan alto por encima del comun de los hombres. Era una sensacion pueril, no lo niego; pero siempre que dejamos á la espalda los lazos con que nos ata la sociedad y nos encontramos en presencia de la naturaleza involuntariamente, nos volvemos niños; todo lo que hemos tomado de la sociedad se desprende de nosotros como un vestido prestado; el alma vuelve á ser lo que ha sido, lo que probablemente será un dia. Cualquiera que haya atravesado las soledades de las montañas, contempló sus formas bizarras y respirando evidentemente el aire refrigerante que sube de los barrancos, comprenderá fácilmente mi deseo de pintar, de describir, de fijar escenas tan encantadoras.

Llegamos por fin á la cima del monte Gud y nos detuvimos para mirar enderredor nuestro. Una nube azulada se arrastraba sobre la cima, y su helado aliento hubiera podido avisarnos de que se preparaba una nueva tempestad. Pero todo estaba tan claro y tan dorado en el Oriente, que los dos, es decir, el capitan y yo, despreciamos aquel síntoma amenazador. Sí, hasta el capitan, porque el sentimiento de la belleza y de la magnitud de la naturaleza es cien veces mas fuerte y mas vivo en los corazoncillos sencillos que en nosotros que nos elevamos hasta el tono de la inspiracion con las palabras sobre el papel.

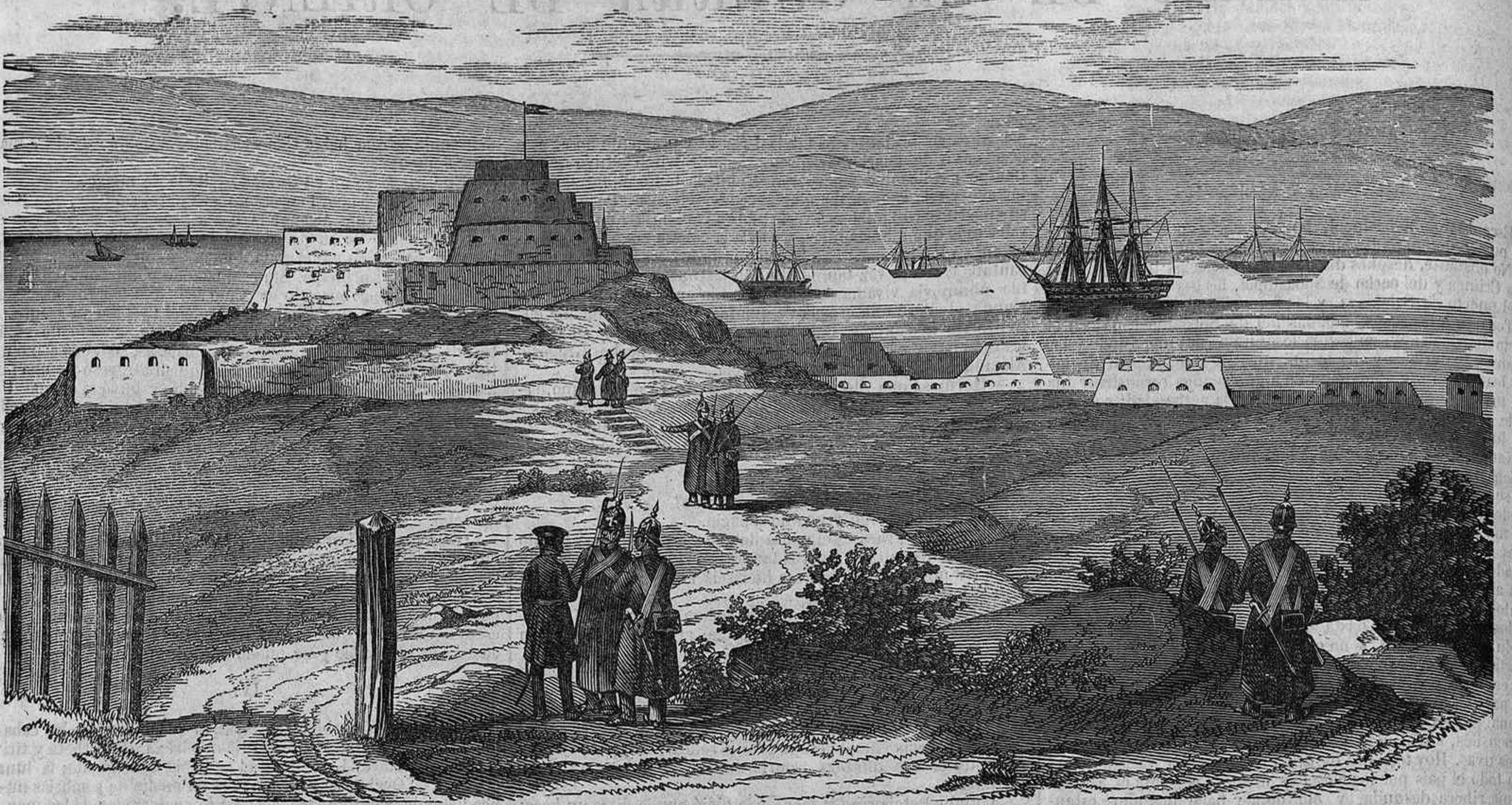
—¿Vos estais ya acostumbrado, le dije, á ese magnífico espectáculo?

—Sin duda; hasta se puede uno acostumbrar al silbido de las balas: es decir, puede uno acostumbrarse á ocultar los latidos involuntarios del corazon; pero el corazon late siempre mas fuerte.

—He oído decir precisamente lo contrario, observé. Los veteranos dicen que encuentran esa música deliciosa.

—Seguramente, si lo examináis bajo ese punto de vista, es deliciosa; pero solo porque el corazon late mas fuerte... Mirad, continuó mostrando el Oriente, mirad qué golpe de vista!

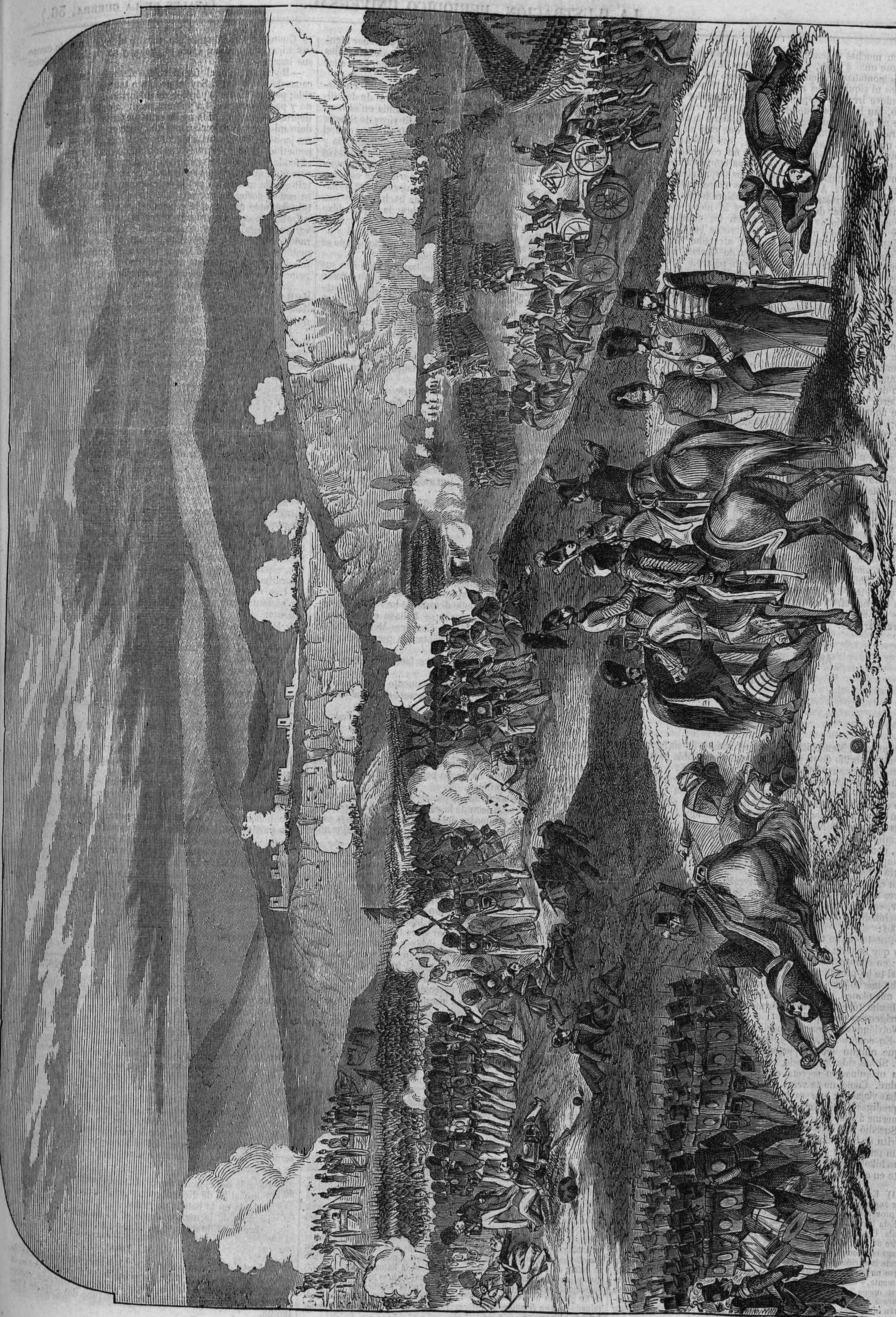
Es verdaderamente difícil que se pueda gozar de tan bello espectáculo. Por debajo de nosotros se estiende el valle de Koichaur atravesado por el Aragwa y otro riachuelo como por dos cintas de plata; una niebla azulada deslízase sobre él huyendo delante de los calientes rayos del sol de la mañana y refugiándose en los barrancos laterales. A derecha é izquierda se



El fuerte de la Cuarentena en Sebastopol, visto por el lado Norte.



El palacio del antiguo Tataran de la Crimea en Bicktschis:ai.



La batalla de Inkerman el 5 de noviembre: ataque á la bayoneta dado por los ingleses á las columnas rusas, y llegada de los franceses con el general Bosquet.

AGENCIA MUNDIPRESS
MADRID

estienen muchas cadenas de montañas de alturas graduales, cortándose unas á otras, y todas cubiertas de zarzales y de nieves. Mas montañas aun en lontananza; pero en esta multitud de grupos ni siquiera dos rocas semejantes. Y todas estas masas de nieve irradian desprendiendo un esplendor rosado tan hermoso, tan brillante, que de buena gana permanecería yo siempre en aquellos lugares. En este momento apareció el sol por detrás de la montaña azul oscura que casi se confundía con las nubes que flotaban por encima; pero había sobre el sol una línea roja que llamó la atención de mi compañero.

—Os lo aseguro, exclamó, se acerca una tempestad: es preciso que nos apresuremos, porque si no nos sorprenderá sobre la montaña de la Cruz. Avanzar! gritó á los carreteros.

En vez de la arrastradera, que no hubiera hecho mas que acrecentar la rapidez de la bajada sobre la nieve congelada, ataron cadenas bajo las ruedas, tomaron los caballos por la brida, y comenzaron á marchar. A la derecha se elevaba una muralla de rocas; á la izquierda se abría aterrador un abismo de una profundidad tal que una aldea de Osetas, situada al fondo, no abultaba mas que el nido de un pájaro.

Estremecíme al pensar que hay multitud de mensajeros del gobierno que pasan tal vez diez veces al año sin bajar siquiera de sus casas abiertas y saltonas por aquel camino, en el cual no pueden pasar, porque no caben, dos carruajes que lleven direccion contraria.

Uno de nuestros carreteros era un paisano ruso de Javoslan, y el otro un Oseta. Este conducía el caballo de montar por la brida con la mayor precaucion; nuestro insociable ruso no abandonaba su silla. Cuando le advertí que debería ir á pié aun cuando no fuese mas que por mi caja porque no tenía intención de ir á buscarla al fondo del barranco, me respondió: «Caballero, con ayuda de Dios llegaremos tambien como el hombre aquel; no es la primera vez que paso este camino á caballo;» y decía la verdad. Hubiéramos podido volcar y matarnos; pero llegamos sanos y salvos; y si se quisiera pensar en ello seriamente, pronto nos convenceríamos de que la vida no vale la pena ni el trabajo que uno se toma para conservarla.

Desde el monte Gud entramos en la Tchertova. Dolina (valle fronterizo), que era en otro tiempo el límite de la Rusia. El valle estaba lleno de nieve y me recordó á Saratoff, Tambhoff y otras localidades encantadoras de nuestro pais.

«Hé aquí la montaña de la Cruz, me dijo el capitán luego que tomamos la direccion del valle fronterizo; y mostróme una eminencia cubierta de nieve sobre cuya cumbre se elevaba una cruz de piedra negra, á orilla de un camino que solo se frecuenta cuando las nieves hacen intransitable el que da la vuelta á la montaña. Aseguráronnos nuestros carreteros que aun no se había oido hablar de avalancha alguna, y nos condujeron por este último camino. No tardamos en encontrar cinco Osetas que nos ofrecieron sus servicios, y lanzándose á las ruedas dando grandes gritos, ora retenían, ora impulsaban nuestras carretas.

(Continuará.)

ANALES BIOGRAFICOS.

MENSCHIKOFF.

II.

(Conclusion.)

La princesa Menschikoff (1) en el apogeo de su fortuna y en el mayor brillo de su juventud, siempre se había hecho recomendable por sus virtudes, su dulzura, su piedad y su caridad inmensa para con los pobres. Murió en el camino, entre Reunebourg y Kasan, en donde fué sepultada. Su marido le sirvió de sacerdote en su agonía, y demostró mas sentimiento por su pérdida que por la libertad y la privacion de todos sus bienes y honores. No se dejó sin embargo abatir, y continuó su camino por agua de Kasan hasta Tobolsk, capital de la Siberia, donde todo el pueblo advertido de su llegada esperaba con impaciencia á aquel hombre que poco antes había temblado todavía á todo el imperio de Rusia.

En el momento en que desembarcaba sobre la ribera, dos señores á quienes había relegado á Tobolsk en tiempo de su poder, se le acercaron y le colmaron de injurias. Reconocióse Menschikoff, y mientras continuaba su camino dijo á uno de ellos:

—Puesto que no tienes otra venganza que tomar de un enemigo que llenarle de palabras injuriosas, hazlo á tu satisfacción: en cuanto á mí, te escucharé sin odio y sin resentimiento: si te he sacrificado á mi política, es porque te suponía con mucho mérito y no menos orgullo. He visto en tí un obstáculo para mis planes, y te he separado á un lado. Otro tanto hubieras hecho tú en mi lugar, porque tales son las necesidades y las exigencias de la política.

Volviéndose en seguida hácia el otro caballero: —En cuanto á tí, hasta ignoraba que estuvieses proscrito, porque ningún motivo personal tenía para desear semejante cosa. Si has sido desterrado, es sin duda á consecuencia de alguna maquinacion secreta en que se habrá abusado de mi nombre. Como no te veía, suponía que habías muerto ó que estabas viajando; esta es la verdad. Pero si los ultrajes que me prodigas dulcifican tus males, continúa: distante estoy de oponerme á ello.

Sucedió que otro tercer desterrado, animado del mismo espíritu de hostilidad, penetró por entre la multitud, y cogiendo un puñado de iodo lo arrojó al rostro del joven príncipe de Menschikoff y de sus hermanas. Apostrofóle Menschikoff al instante en estos términos:

(1) Era de una nobilísima familia rusa; se llamaba *Arsenikoff* y era sumamente hermosa: en revancha tenía una hermana de una fealdad proverbial y acerca de la cual he oido referir la anécdota siguiente:

Esta hermana, que se llamaba *Barbara*, era tan espiritual como fea y mala. Un dia el Czar Pedro I observándola atentamente le dijo con cierto aire de compasion: «eres tan fea que no creo que haya nunca quien te haga el amor; y como á mí me agradan las cosas extraordinarias, quiero hacerte la caridad de acariciarte al levantarme de la mesa con el objeto de que no te mueras sin haber gustado las delicias del amor.» Hizolo efectivamente, y después le dijo con cierta complacencia: «Aunque la modestia se oponga á que se publiquen las buenas acciones, creo que no se achacará á vanidad la caridad que acabo de hacerte. Tal vez otros seguirán mi ejemplo, porque nada mas justo que el que estés vacante puesto que has tenido la desgracia de ser fea.»

—Tu accion es infame y estúpida. Si tienes que tomar alguna venganza, tómalala de mí; pero no de esos desgraciados niños. Su padre habrá muy bien podido ser culpable, pero ellos son inocentes.

Durante la corta permanencia que se le permitió en Tobolsk, se ocupó activamente en procurar los medios de dulcificar la miseria á que iba á verse espuesta su familia en el horroroso desierto á que iba á conducírsela. El virey de Siberia le había enviado á la prision una suma de 500 rublos, que el Czar había ordenado que se le pagase para su subsistencia y la de los suyos. Menschikoff representó que aquella liberalidad le era enteramente inútil en un pais en donde le sería imposible hacer uso de ella, y pidió que se le permitiese emplear aquella suma en Tobolsk, en adquisiciones necesarias; y habiéndose accedido á su peticion, compró una hacha y otros instrumentos propios para cortar árboles y labrar la tierra: hizo provisiones de toda clase de granos para sembrar, de redes para pescar, y por último, de una gran cantidad de viandas y de peces salados para su subsistencia. El dinero que le quedó se distribuyó por orden suya á los pobres de Tobolsk.

De aquella capital de la Siberia le trasportaron con sus hijos á Iakoutsk, en un carrito descubierto, tirado tan pronto por un caballo como por dos perros. Se le habían quitado antes de su marcha de Reunebourg sus vestidos ordinarios, y en vez de ellos, se le dieron vestidos de paisano. Sus hijos fueron tratados de igual manera: estaban cubiertos de pellicos y de gorros de piel de carnero, con vestidos de sayal debajo de los pellicos.

El viaje duró cinco meses, durante los cuales estuvieron continuamente espuestos á todas las crueldades del aire, á todos los rigores del clima.

Un dia durante una parada en la cabaña de un pobre habitante de la Siberia, un oficial que volvía de *Komsebetka* entró tambien por casualidad en la misma cabaña: había sido enviado durante el reinado de Pedro I para ejecutar una comision concerniente á la empresa del capitán *Rehring* y los descubrimientos que este navegante estaba encargado de hacer en la costa del mar de *Amar* (1).

Este oficial, que había sido anteriormente ayudante de campo del príncipe Menschikoff, ignoraba completamente la desgracia de su antiguo general.

Habiéndole reconocido Menschikoff y llamádole por su nombre, preguntóle el oficial quién era y de dónde le conocía: el príncipe replicó:

—¿No conoces á Alejandro?
—¿Qué Alejandro? respondió bruscamente el oficial.
—Alejandro Menschikoff.
—Sí, replicó el oficial, le conocía y debo conocerle perfectamente; he servido á sus órdenes.

—Pues bien: delante de tí está, le dijo Menschikoff. El oficial, pareciéndole aquello demasiado increíble, le consideró como un paisano cuya razon se hallaba extraviada, y no hizo caso alguno de sus palabras. Entonces Menschikoff le tomó por la mano y le condujo á la ventanilla por donde recibía la luz la cabaña.

—Mírame bien, le dijo, y recuerda las facciones de tu antiguo general.

Después de haberle examinado atentamente durante algun tiempo, creyendo al fin reconocerle, exclamó el oficial con un tono lleno de sorpresa:

—Y bien, príncipe mio, ¿por qué aventura desgraciada se encuentra V. A. en el deplorable estado en que le veo?

—Suprime esas palabras de *príncipe* y de *alteza*, interrumpió Menschikoff, porque ya no soy mas que un miserable paisano tal cual he nacido. Dios, que me había elevado á la cima de la vanidad humana, me ha hecho bajar otra vez hasta reducirme á mi primera condicion.

El oficial, que estaba muy lejos de hallarse convencido, habiendo visto en un rincon de la cabaña á un joven paisano ocupado en arreglar con cuerdas del mejor modo posible la suela de sus botas despedazadas, le preguntó en voz baja si conocía á aquel hombre.

—Sí, le respondió el joven: es Alejandro mi padre. ¿Es que tambien tú quieres desconocernos en la desgracia, tú que tantas veces y por tanto tiempo has comido nuestro pan?

Oyendo el padre hablar á su hijo de aquella manera, le impuso silencio, y dirigiéndose al oficial:

Hermano (2), dijo, perdona á un hijo desgraciado su mal humor. Este joven es efectivamente hijo mio á quien frecuentemente has hecho jugar y saltar sobre tus rodillas: hé aquí á mis hijas, añadió mostrándole dos jóvenes paisanas sentadas en el suelo, que estaban empapando pan moreno en una taza de madera llena de leche. La primogénita ha tenido el honor de ser la desposada del emperador Pedro II.

Al oír esta palabra Pedro II, pareció sorprendido el oficial. Menschikoff, á quien no se había escapado aquel movimiento de sorpresa, prosiguió:

—Te trastorna mi discurso porque no estás al corriente de los acontecimientos que han tenido lugar en nuestro imperio desde hace tres años que te has alejado de él cerca de 2,500 leguas; pero cesará tu sorpresa tan pronto como te hayas enterado de ellos.

Y en el mismo instante le puso al corriente de cuanto había pasado en Rusia desde 1725 á 1728, describiéndole unos después de otros los acontecimientos descritos en los capítulos precedentes, diciendo el papel que había desempeñado en ellos, la parte que en ellos había tomado, y juzgándose á sí mismo con la mayor severidad.

(1) *Rehring* era dinamarqués de nacion y capitán al servicio de Pedro I, quien le envió á Kamtschatka para que reconociese las costas del mar llamado de *Amar* é hiciese construir allí buques propios para el descubrimiento de las costas marítimas de aquel punto. La mision confiada á Behring tenía además por objeto investigar si las tierras colocadas al otro lado del Kamtschatka son lindantes con Asia ó América, y si hay, segun pretenden muchos navegantes, un paso desde el mar Glacial al mar del Norte.

(2) La lengua rusa tiene expresiones sumamente cariñosas. Cuando se habla con una persona de mas edad se la llama comunmente *batuschka* ó *matuschka*, lo que quiere decir *padre mio* ó *madre mia*; y cuando se habla de una persona de la misma edad se la llama *bratt* ó *bratetz*, que quiere decir *hermano*. Se sirven de estas palabras hasta en las conversaciones con personas desconocidas. La cortés palabra *vos* y el uso de los plurales han comenzado á introducirse en la corte de Rusia en el reinado de *Ana Ivanowna*. Antiguamente estaba recibido que el inferior tutease al superior.

Cuando concluyó su relato, mostró al ayudante de campo sus hijos que dormían sobre el suelo, y no pudiendo contener sus lágrimas:

—Hé aquí, dijo, el único objeto de mi tormento, la sola causa de mis dolores. Soy al presente tan pobre como rico he sido; pero no siento la pérdida de mi fortuna. He nacido paisano y paisano moriré. La pobreza no me asusta. Ni siento ya mi libertad misma. Mi vida no ha estado exenta de faltas, y considero mi presente miseria como una justa expiacion de mis errores pasados. Pero estas inocentes criaturas ¿qué crímenes han cometido? ¿Por qué envolverles en mi desgracia? Con todo, en el fondo de mi alma espero que Dios, siempre equitativo y justo, permitirá que mis hijos vuelvan á ver su patria; volverán á entrar en ella instruidos por la experiencia y sabiendo contentarse con su posicion, por humilde que el cielo la haga. ¿No es mi miserable ambicion la causa de los males que al presente sufro? Vamos á separarnos seguramente para nunca volver á vernos. Cuando tengas el honor de ser recibido por el emperador, refiérole cómo me has encontrado; asegúrale que no maldigo su justicia, y dile que gozo al presente de una libertad de espíritu y de una tranquilidad de conciencia que no sospechaba en tiempo de mis prosperidades.

Se puede juzgar cuán asombrado quedaria el interlocutor de Menschikoff al oírle espresarse así. Preciso fué que los soldados de la escolta le confirmasen todos aquellos hechos para que los creyese completamente.

En el momento de separarse de su antiguo general, y cuando le vió volver á montar sobre su miserable carricoche, sintióse el oficial fuertemente conmovido, y no pudo menos de admirar tan grande resignacion en medio de tamañas desgracias.

MISCELANEA DE LA GUERRA.

Clasificacion marítima. Hé aquí, segun el órden y grados de su importancia, las principales potencias de Europa, consideradas con relacion á la marina de guerra:

- Marina inglesa.
- Marina rusa.
- Marina francesa.

Aquí debemos hacer una advertencia, y es que, aun cuando la marina rusa consta de mas buques y la hemos colocado por esa razon con preferencia á la francesa, esta puede reputarse superior, sin embargo, tanto por la inteligencia de su marinería y tropa, cuanto por la excelente construccion y armamento de sus buques, entre los cuales cuenta muchos de hélice, circunstancia que aumenta su potencia de un modo extraordinario.

Las restantes marinas europeas son de una importancia bastante accesoria, respecto á las anteriores, al tenor siguiente:

- Marina sueca.
- Marina holandesa.
- Marina dinamarquesa.
- Marina española.
- Marina sarda.
- Marina portuguesa.
- Marina austriaca.

Los otros Estados tienen una marina reducida á los mas estrechos límites.

En América, la única marina imponente es la de los Estados-Unidos.

La marina turca, considerada esta nacion bajo su aspecto asiático, es asimismo la única marina respetable que existe en aquella parte del globo.

En Africa, á escepcion de la marina egipcia, no hay, hablando en sentido propio, marina de guerra.

Preparativos militares. El gobierno de Munich ha mandado poner su ejército en pié de guerra, y al efecto hay un gran movimiento para el apresto de armas y municiones. Dícese que estas tropas van destinadas á Italia con el fin de reemplazar las fuerzas austriacas que la guarnocen.

Mortandad. Las pérdidas que por todas causas ha tenido el ejército ruso desde el 28 de setiembre hasta el 27 de diciembre último, sin incluir en este cálculo las bajas de la batalla de Alma, ascienden á 26,763 hombres en esta forma:

Muertos á consecuencia de sus heridas.	7,301
Heridos.	13,826
Prisioneros.	1,617
Muertos á consecuencia de enfermedades.	4,019
TOTAL.	26,763

A esta suma debe agregarse la pérdida de la batalla de Alma, que segun los partes del príncipe Menschikoff fué de 1,762 muertos y 2,720 heridos y contusos, que dan un total de 4,482; pero esta suma no es exacta, puesto que al dia siguiente de la batalla mas de 6,000 hombres faltaron al toque de llamada. Además los 26,763 hombres que antes se mencionan pertenecen al ejército, faltando incluir en ellos la pérdida de la marina, que segun la manifestacion hecha por la *Gaceta* de San Petersburgo, ascendía el 29 de noviembre á 3,863. Este número ha crecido después, porque los soldados de marina son los que estan mas espuestos al fuego de las baterías de los sitiadores, y son los que han tenido la principal y mas honrosa parte en las salidas continuadas que ha estado haciendo la guarnicion de Sebastopol, por lo cual no habrá exageracion si se calcula estas pérdidas en 4,500 hombres: bajo esta base, la verdadera pérdida del ejército ruso asciende á 37,263 hombres en esta forma:

Pérdida del ejército desde el 28 de setiembre al 27 de diciembre.	26,763
Pérdida en la batalla de Alma.	6,000
Pérdida de la marina desde el 17 de octubre al 27 de diciembre.	4,500
TOTAL.	37,269

Subasta. El almirantazgo inglés ha acordado la venta de los buques rusos *Steen Bille*, *Rapide*, *Union*, *Noruen*, *Johanna Maria*, *Anuhina Jautina*, *Ibron-Alida* y *Franciska*, capturados por los cruceros ingleses en el bloqueo del golfo de Finlandia.

IMPRESIONES DE VIAJE

DE MADRID A MANILA.

Seis días en Singapore.

II.

MEZQUITAS.—BAZARES.—FONDA.—ENTIERRO DE UN MALAVAR.—CEMENTERIO MAHOMETANO.

A la mañana siguiente continuamos nuestro agradable paseo por la colonia inglesa: la atmósfera estaba despejada, y un sol radiante bañaba con torrentes de luz los edificios y las frondosas alamedas de palmas, plátanos, cocos, ananas y otras frutas del trópico. El terreno sobre que descansa la población es rojizo, produciendo un efecto pintoresco en los sitios en que se halla recortado por praderas de verdura. La mayor parte de las casas están revocadas con una tinta de esta tierra color rojo amarillento; de suerte que las fachadas se muestran como bañadas por el reflejo de un grande incendio, y este efecto de óptica parece aumentar los reflejos de aquel sol ardiente que caldea la atmósfera en términos que llegaría á ser mortífera si las nubes no cuidaran de refrescarla continuamente con los torrentes de agua que lanzan de su seno en cortos momentos.

Comenzamos nuestra escursión por las mezquitas: el islamismo cuenta en Singapore mayor número de templos que cualquier otro culto que se celebran en la colonia, sin embargo de que la población mala y malavara infinitamente menor que la china, si bien es cierto que esta sustituye á los templos con los altares domésticos, siendo esta costumbre tan sagrada para ellos, que cuando edifican su casa, lo primero que colocan sobre la área es el altar, ante el cual se encienden luces por la noche, según hemos visto en varias que se están construyendo.

Hicimos la primera visita á una de las mezquitas en que se reúnen los sectarios de *Ali*. Sobre un plano cuadrado levántase un edificio de proporcionada altura, cerrado por el frente y los costados con una arcada arabesca cuyos arcos están cortados en la parte inferior por una especie de friso calado de ligeras labores que forma graciosas lumbrias entre las pilastras que sirven de sosten á los arcos: en el centro de cada costado el hueco sirve de puerta, cuyo arco descansa sobre dos bellas columnas: en el frente se guarda el mismo orden, sin otra diferencia que la de ser rebajado el arco que sirve de entrada principal.

Delante de esta, y guardando sus haces, se levanta una galería formada por dos columnas, que sirve de átrio, cuya puerta es un elegante arco arabesco: á los lados de este cuerpo corren dos patios que rodean el edificio por sus costados, prestándole mayor lucimiento y gallardía.

Casi tocando al arabesco del átrio alzáse la portada exterior entre dos torres, coronado todo por una balaustrada de calados dividida en su longitud en dos partes iguales con un espacio intermedio en el que hay un farol: sobre este primer cuerpo se levanta otro formado por un arco arabesco que deja en su centro una especie de nicho que es el *Minarete* donde se coloca el *Muezzin* para llamar á los creyentes á la oración, flanqueado también por otras dos torres las caladas que terminan con un remate esférico: tanto en estas como en las inferiores hay practicadas en sus facetas pequeñas cavidades donde se colocan luces para iluminar la fachada.

El interior del local está dividido en cinco galerías, trazadas por cuatro columnas y los lienzos laterales; cada galería termina en una puerta; la del centro sirve de entrada á un segundo apartamento de forma cuadrilonga dividido en tres galerías por dos columnas y los muros laterales: á lo largo de cada una de aquellas corre una fila de nueve lámparas de cristal pendientes de la bóveda, siendo de notar que en la central hay tres de un hermoso color de esmeralda, colocadas dos en las estremidades y la tercera en el centro.

La galería intermedia termina en un hueco formado en el muro del testero por una bóveda arabesca que deja bajo ella espacio suficiente para que el sacerdote se coloque en oración: á la izquierda de este extraño oratorio, y tocando con el lienzo en que aquel está practicado, se alza una pequeña tribuna cubierta con paños encarnados en la que se coloca otro Iman para leer el Koran.

Uno de los dos *Imanes* que tiene la mezquita se hallaba á la puerta del templo y vestía un pantalón azul ancho, túnica blanca, faja encarnada de seda y turbante blanco; su fisonomía era noble y respetable por la edad, prestándole cierta gracia el bigote y la barba cerrada que rodeaban la boca adornada con una blanquísima dentadura. Tanto este como los varios sectarios que se encontraban en el templo, dieron muestras cumplidas de cortesía y finura.

Al encaminarnos hacia la mezquita en que se congregan los afiliados en la secta de *Omar*, tocamos en los grandes bazares ingleses y en el persa: halláanse situados cerca del muelle en una espaciosa plazuela adornada de árboles. Aunque á precios muy altos, se encuentran en ellos géneros de lana y sedería, quincalla, conservas, encurtidos, lienzo, ropas hechas, cristalería, tabaco, y en la parte alta un buen surtido de objetos de tocador y prendas de señora, entre ellas flores muy bien acabadas y elegantes plumas.

Respirando apenas en una atmósfera enrarecida por el sofocante ardor de los rayos solares, llegamos á la segunda mezquita. Halláse situada al frente de la playa y á las inmediaciones de la pagoda china: su aspecto exterior es agradable á la vista por lo caprichoso de sus calados perfectamente revocados de blanco, situado en el ángulo de una manzana de edificios; tiene dos fachadas: la del costado está formada por una arcada de bellas proporciones, cuyos huecos están cerrados hasta la altura de los hombros del medio punto por un enverjado de madera sirviendo de cerca al recinto del templo, al tiempo que le prestan claridad. El frontispicio consta de un primer cuerpo adornado de columnas con cinco huecos en medio punto, de los cuales solo el central es practicable y sirve de entrada al templo; sobre el sencillo cornisamento de este cuerpo se eleva una balaustrada coronada de crestería caprichosa, en cuyo centro se levanta una especie de frontón arabesco de buen gusto: flanquean los costados del frontispicio dos torrecillas circulares que levántase hasta la altura de la cúspide del frontón, rematadas con una pequeña cúpula en forma de media naranja.

Las torrecillas y columnas están llenas de cavidades para colocar luces.

El *Iman* encargado de la mezquita prestóse á que la examináramos interiormente y tomáramos apuntes, á condición de descalzar los pies y dejar una limosna para el templo. Despojados de nuestras botas charoladas, penetramos en el santuario mahometano: hállase este dividido en su profundidad en tres apartamentos: el primero consta de cinco galerías: la central está formada por dos arcadas laterales que parten del fondo hacia el exterior.

En torno de los arcos corre un festón de flores groseramente pintadas, y sobre las claves medallones azules con faja amarilla, y en ellos inscripciones árabes que deben ser sentencias del *Koran*.

El pavimento de este tránsito central está desenladrillado hasta la mitad, y en este sitio dejan el calzado los sectarios, que para hacer oración se reparten por las galerías laterales, postrados en tierra, sobre la que descansa su rostro.

Desde este primer espacio de la mezquita se pasa bajo un arco de medio punto al segundo aposento que sirve como de vestíbulo al santuario: del centro del arco pende un grande huevo de avestruz, y á la altura de sus arranques hay sugetas dos lámparas en forma de quinqué: el recinto está dividido en tres galerías con arcadas de medio punto como los anteriores: en el tránsito central y á sus costados hay dos cuadros con inscripciones hebraicas que significan: en la derecha, *el nombre de Dios*; á la izquierda, *la casa de Dios*.

Un arco de medio punto facilita entrada al santuario, resguardado por una puerta cuya parte superior está cerrada de cristales. Es aquel una estancia al parecer cuadrada, pero lóbrega, en cuyo centro se levanta un templete en forma de prisma con remate caprichoso de figura esférica, de cuya bóveda pende una lámpara de color de esmeralda, y bajo ella se alza una especie de lecho cubierto con un rico paño, en el cual se halla depositado el *Koran*, á través de este templete se descubre en el muro que cierra el local un triángulo guarnecido de candelijas: en este santuario solo penetran los *Imanes*, no pudiendo por lo tanto examinarle nosotros sino desde el vestíbulo que le precede.

Al retirarnos, el *Iman* nos saludó tocando la frente con la palma de la mano derecha, y en seguida estrechó la nuestra con afecto cordial.

Desde la mezquita nos encaminamos á *London Hotel*, anchuroso edificio destinado á fonda, con buenos aposentos desahogados y frescos, espaciosos comedores con grandes abanicos suspendidos del techo sobre las mesas, que se agitan por medio de cordones de que se apodera un criado; nieve cristalina que se reparte en pequeños pedazos para enfriar el agua, la cerveza y el vino.

Por la tarde dirigimos nuestra ruta hacia el cementerio mahometano, teniendo la buena suerte de encontrar en el tránsito un cortejo fúnebre que llevaba igual dirección. Sobre unas parihuelas formadas con ramas de árbol y que conducían cuatro *malavares* pendientes de sus brazos, iba colocado el cadáver cubierto con blancos paños: dos niños caminaban á los costados llevando el de la derecha una vasija llena de agua, el de la izquierda un cesto cuyo contenido no pudimos descubrir: detrás marchaba una multitud silenciosa y contristada.

Llegados al cementerio, depositaron el cuerpo en el suelo, y estendieron una estera de palma á su lado, sobre la que puesto en cuclillas un sacerdote pronunció algunas oraciones: terminadas estas, abrieron la fosa en la que dieron tierra al cadáver envuelto en el sudario. Siguió una nueva invocación del sacerdote, que arrojó después dos paladas de tierra en la huesa, y en pos de él todos los asistentes se dieron prisa á rellenar el vacío formado con la tierra sobrante un bajo túmulo á cuyas dos estremidades hincaron dos palos cortos cuya cabeza estaba cubierta con un paño blanco. El sacerdote colocó después sobre el túmulo una larga planta de enredadera, cuya raíz introdujo en la tierra; y por el lado en que se hallaba la cabeza del cadáver, depositó el contenido del cesto, y tomando á continuación la vasija del agua, derramó esta sobre la fosa, regando primero los palos de las estremidades, y rociando después cuidadosamente la enredadera, con lo cual quedó terminada la ceremonia, y nosotros en libertad de examinar el cementerio.

Hállase este en terreno algo inclinado, y en el alto se levanta un pequeño edificio cuadrangular y de una sola planta, formada por una serie de arcos rebajados que sirven de claraboyas, hallándose macizados desde el piso hasta sus arranques: dentro de este local hay levantado un sencillo monumento de madera que contiene tres sepulturas con magníficas losas de mármol; es el panteón de una rica familia malavara.

En el exterior de aquel y á los lados de una calle de palmeras que comienza en la puerta del cementerio, están esparramadas las sepulturas, unas con sencillas lápidas, otras rodeadas de un sencillo enverjado de madera y adornadas con flores, y entre todas ellas descuellan algunos panteones de familia, formados por un sencillo cercado de balaustradas, en cuyo centro una palmera hábilmente dirigida estienda sus brazos sobre los muertos, como cobijándolos bajo su melancólica sombra.

(Continuará.)

E. DE VIVES.

LAS PIELES ROJAS.

(Continuacion.)

En el momento mismo en que el oso estendía la mano á su presa, un tiro resonó y el tronco del árbol se tiñó de sangre. Este tiro, disparado con extraña sangre fría por Antonio, había herido al oso en el vientre, sitio donde siendo el animal menos velludo, la bala podía penetrar. Imposible sería decir la rabia del monstruo al sentirse herido: su rugido de dolor y de rabia hubiese bastado para ahuyentar á todos los pieles rojas del desierto. Conociendo su propia fuerza, y comprendiendo por instinto que para que un enemigo osara atacarle era preciso que fuese temible, el oso quedó por un momento indeciso viendo correr su sangre con estupor, digámoslo así.

Pero esta indecisión duró poco. Levantando pronto su fiera cabeza, mas fiera aun por la rabia que la animaba, no tardó en ver á Antonio, y lanzando un rugido mas espantoso que el

primero, quiso lanzarse sobre él. Felizmente el árbol del cazador estaba bastante lejos del de Pedro, y el oso conoció que no podía atravesar de un salto el espacio que los separaba. Vencido por este obstáculo el feroz animal, pareció querer volver á su primer pensamiento. La juventud del hijo de Urraca le decidió al fin, porque era en efecto una comida delicada, que no encontraría diariamente una ocasión que no se debía desdenar. Alargó pues su formidable pata para asir á Pedro, cuando Antonio en un momento de suprema desesperación le lanzó su carabina á la cabeza. El arma vino á dar al animal justamente en el hocico, es decir, en el lugar mas sensible. Esta última provocación cambió todas las intenciones del monstruo y la posición de Pedro. De todos los animales feroces el oso es el mas rencoroso y el mas irritable. Lleva la irritabilidad á tal punto, que ha dado lugar á la historia siguiente: Un oso furioso asolaba un cantón de Suiza. Muchos cazadores que habían querido combatirlo, habían sido devorados por él, cuando un día un pobre labrador, volviendo de su trabajo, se le encontró frente á frente. El espanto del pobre hombre fué tal, que perdiendo la cabeza no supo mas que hacer un profundo saludo. El oso, estremadamente satisfecho por tal cortesía, dejó oír un bufido de placer, y se marchó sin hacer daño al labrador. Esta historia, cuya autenticidad no garantizo, prueba sin embargo que se reconoce generalmente la susceptibilidad del oso. Se comprende pues con facilidad la rabia que se apoderaría del monstruo al sentir que Antonio le arrojaba la carabina á los hocicos. Su primer movimiento fué mirar terriblemente á su provocador; pero sus ojos encontraron los de Antonio fijos sobre él con no menos audacia y resolución. Después se desvió á lo largo del árbol, lo que imitó Antonio con tal ligereza, que sus pies tocaron el suelo antes que el del oso. Hubo entonces un momento solemne, un espectáculo extraño, capaz de hacer palidecer á los mas valientes. El monstruo feroz, comprendiendo por instinto que estaba en presencia de un adversario digno de su cólera, se detuvo un instante y pareció temblar ante la fijeza y la serenidad de la mirada de Antonio. Este triunfo de la inteligencia sobre la fuerza brutal no carece de ejemplo. Se citan numerosos casos de animales feroces que domados por la mirada del hombre, se han entregado á él sin resistencia, sin combate, y le han obedecido desde aquel momento con la fidelidad del perro. Martin y Carter, los famosos domadores de fieras, han renovado frecuentemente este prodigio. Si Antonio se hubiera hallado enfrente de un tigre ó de un león, quizá le hubiera salvado su sangre fría; pero tenía delante á un oso pardo, el único animal indomable, y su triunfo fué de corta duración. El oso, volviendo de su sorpresa, se levantó sobre sus dos pies, y se precipitó sobre Antonio, que inmóvil como una roca le esperaba, teniendo en la mano su cuchillo de caza. Cuando vió al oso á dos pasos de sí, se arrojó sobre él y le hundió el cuchillo en el vientre; luego, uniéndose cuanto le fué posible contra el monstruo para no ser mordido ni despedazado, trató de derribarle; pero á pesar de la sangre que perdía, su fuerza era tal, que bien pronto Antonio estrechado entre sus brazos empezó á ahogarse: la sangre se le arrebato al rostro; una nube oscureció sus ojos, y creyó que sus huesos crugían y se tronchaban. Durante algunos segundos luchó aun; pero sintiendo al fin que se habían agotado sus fuerzas y que iba á morir, las reunió todas por un sublime esfuerzo de voluntad, y gritó cerrando los ojos y estendiendo los brazos.—¡Pedro! ¡Pedro! ¡salvaos! ¡huid! Esta escena, como todas las violentas, había pasado en mucho menos tiempo del que hemos gastado en describirla. Pedro, vuelto en sí del desfallecimiento que le había causado la vista del oso, había bajado también del árbol para socorrer á Antonio que se sacrificaba por él. En el momento en que lanzaba este su último grito, Pedro, después de haber alzado su carabina, que como hemos dicho dejó caer en su espanto, acababa de introducir el cañon en el oído del oso y de hacer fuego. Durante algunos segundos el monstruo quedó aun de pie estrechado á Pedro entre sus brazos; poco á poco un temblor convulsivo agitó sus músculos poderosos, y luego cayó pesadamente en tierra, arrastrando á Antonio en su caída.

CAPITULO X.

Pedro, sin reflexionar siquiera que el oso podría no estar completamente muerto, se precipitó á socorrer á Antonio, á quien retiró bañado en sangre de debajo del feroz animal. Por lo demás, apresurémonos á decirlo, el oso estaba perfectamente muerto; la bala de Pedro le había saltado la tapa de los sesos.

—¡Antonio! mi buen Antonio! ¿vivis aun? exclamó Pedro con desesperación, sosteniendo en sus brazos el inerte cuerpo de su amigo.

Por un momento creyó que todo había concluido, y que Antonio era cadáver; pero después de un examen mas minucioso, notó que el pálido resto de Antonio se teñía de ligeros colores.

—¡Oh, gracias, Dios mio! exclamó con un movimiento de instintiva alegría; hé aquí la mejor gracia que me habeis concedido! Antonio no ha muerto.

En efecto, Antonio abrió los ojos: luego con voz débil: —¿Dónde estoy? preguntó mirando en derredor.

—Conmigo, con vuestro amigo, le respondió Pedro abrazándole.

Antonio pasó lentamente su mano por su frente, como tratando de esclarecer un confuso recuerdo, porque la conmoción terrible que había sentido al combatir al oso había quebrado su pensamiento.

—¿Y el oso pardo? preguntó recordando por fin su combate.

—Vedle muerto, respondió Pedro.

Antonio volvió la cabeza, y contempló al monstruo por un momento. Esta vista le restituyó la razón, y arrojándose en los brazos de Pedro, le abrazó estrechamente.

—¡Oh! ahora me acuerdo de todo, exclamó Pedro, os debo la vida.

—¡Oh, si! dadme gracias, dijo Pedro enternecido; es muy justo... ¿No ha sido por salvarme por lo que habeis afrontado al oso? Yo no lo olvidaré nunca, y os guardaré un eterno reconocimiento. ¿Pero no estais herido? Estais cubierto de sangre.

—Es del oso y no mia, dijo Antonio; proviene de una herida en el vientre que le he hecho con mi cuchillo; por lo demás, mirad vos mismo.

Y al decir esto abrió su vestido.

—¡Oh cielos! no me había engañado, estais peligrosamente herido! Antonio apenas se conmovió.



—Bah! dijo; si esta herida fuese mortal, ya lo sentiria yo. Hacedme el favor de darme la vasija del agua y el frasco del aguardiente, que he dejado caer. Después veremos.

Después de haber bebido, habiéndose restablecido un poco, consintió en examinar su herida, que partía desde lo alto del pecho hasta casi el estómago.

—Sin duda, dijo tranquilamente, el oso me habrá arañado al caer.

—Pero, exclamó Antonio espantado, esa herida es atroz.

—Al contrario, es poca cosa, no ha lastimado ningun órgano; no ha hecho mas que desgarrar la carne. Un buen vendaje, conteniendo la sangre, lo compondrá todo.

—¿Es posible? ¿pero dónde hallaremos un vendaje?

—Al pié de cualquier árbol. Yo he visto cientos de ellos desde el principio de nuestra marcha.

Al oír hablar así á Antonio, Pedro creyó que deliraba.

—¡Hallar vendajes á cientos al pié de los árboles! repitió á media voz mirándole con espanto.

Antonio se sonrió de manera que manifestaba comprender sus pensamientos. Después, levantándose sin hablar palabra, empezó á recorrer el bosque recogiendo de cuando en cuando algunos objetos que Pedro no podía distinguir, y que encerraba con cuidado en su pañuelo. Después de haber ejecutado esta maniobra por espacio de uno ó dos minutos, Antonio volvió siempre sonriendo al lado de su compañero.

—Y bien: le preguntó este, ¿habeis hallado vuestro vendaje?

—Sí, ya tengo cuanto necesito, respondió Antonio abriendo su pañuelo y dejando ver una infinidad de hormigas rojas.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó Pedro.

—Quiere decir que hace un momento había hecho mal en creer que deliraba. Por lo demás, ved lo que hago y sabreis tanto como yo.

Antonio mojó su pañuelo y limpió con él la sangre de su herida, uniendo fuertemente los dos labios: cogiendo entonces una de las hormigas, la aplicó á la estremidad superior de la herida. Cuando las dos antenas ó cuernecillos de que está adornada la cabeza de estas hormigas se hubieran clavado á un lado y otro, Antonio separó con sus uñas la coraza del insecto por donde se une á la parte posterior del cuerpo. La hormiga espirando clavó aun mas profundamente sus cuernecillos, que de este modo quedaron fijos á los dos lados de la herida. Treinta veces seguidas, Antonio comenzó esta operacion con treinta hormigas diferentes, y bien pronto su herida cerrada, ó por mejor decir cosida, no derramó una gota de sangre.

—Y bien; ¿qué pensais ahora de mi vendaje? preguntó á Pedro.

—A fé mia estoy absorto ¡Nunca hubiera imaginado semejante cosa!

—Yo lo creo. ¿qué quereis? Nada desarrolla la invencion como la necesidad... Este remedio se usa hace dos siglos entre las pieles rojas. Pero ahora que ya estoy tan fuerte como si el oso no me hubiera abrazado algo rudamente, hablemos de nuestros negocios. Voy á recoger los pichones que maté, y luego nos desayunaremos.

—¿Cómo nos desayunaremos? Eso nos entretendrá... ¿No valdria mas ponernos en seguida en marcha?

—Querido hijo, me agrada vuestra impaciencia, pero no la imito. Es posible que esta comida sea la última que hagamos hasta encontrar á las pieles rojas, porque no podremos encen-



der fuego sin descubrirnos, y es preciso que conservemos nuestras fuerzas. Desayunémonos pues.

Después de un almuerzo que les detuvo próximamente una hora, se pusieron en camino.

A medida que adelantaba el dia, el paisaje tomaba diferente aspecto.

—Ved todos esos verdes bosquecillos, dijo Antonio, sin duda nos acercamos á un rio: pues bien: como sabeis, las pieles rojas solo acampan á la orilla del agua. Que Dios bendiga para nosotros el fin de este dia, porque es probable que antes de la media noche nos hallemos delante de los raptores de Mariquita.

Pedro, con los ojos chispeantes, estrechando con fuerza su carabina, se puso por toda respuesta á apresurar el paso.

Hacia las cuatro de la tarde, Antonio detuvo á Pedro, que marchaba cada vez mas de prisa.

—Ved, le dijo, mostrándole el horizonte.

Pedro miró el lugar que le indicaba su compañero, y vió muchas nubes de humo.

—Ahí están las pieles rojas, dijo Antonio.

—En fin, eso no es una desgracia, dijo Pedro con alegría.

En efecto, apenas había pasado media hora, cuando nuestros bravos aventureros se encontraron á quinientos pasos todo lo mas de las tiendas de las pieles rojas. Inútil es decir, que durante esta media hora Antonio y Pedro habian redoblado sus precauciones.

Ocultos detrás de un monton de árboles vieron á los salvajes, los unos ocupados en tirar flechas, los otros en imitar danzando las suerte de la guerra.

—¡Y mi hermana! ¡mi hermana! dijo Pedro en voz baja poniendo la mano en su corazon para comprimir sus latidos. ¡Yo no la veo!

—Silencio en nombre de vuestra hermana! le dijo Antonio al oído, la muerte está á quinientos pasos, y la menor impru-



dencia nos puede matar tan bien como un tiro ó una puñalada.

CAPITULO XI.

Nuestros dos temerarios viajeros quedaron aun una ó dos horas, es decir hasta el fin del dia, ocultos en su emboscada, y solo cuando la noche les envolvió con sus sombras, se alejaron con las mismas precauciones que habian usado para llegar.

—Y bien, Pedro, dijo Antonio cuando se hallaron poco mas ó menos á un cuarto de legua del campamento de los salvajes, hé aquí el momento fatal. No podemos permanecer mas tiempo rondando así á nuestros enemigos, sin comprometer el éxito de la empresa. Es preciso que esta noche formemos un plan de ataque y tomemos una determinacion.

—Teneis razon, respondió Pedro, es preciso acabar. En cuanto al plan, me fio en vuestra esperiencia y os prometo mi obediencia pasiva.

—Seria preciso saber ante todo dónde se halla vuestra pobre hermana.

—Con tal de que viva aun... dijo Pedro conteniendo sus lágrimas: ¿no os parece extraño que no la hayamos visto en las dos horas que hemos permanecido emboscados?

—De ningun modo, antes bien me parece natural que haya preferido permanecer en su choza á mezclarse en los juegos de los salvajes.

—¡Oh! yo sé que no pensais como hablais, y que no osais decir lo que pensais. Estoy persuadido de que compartis mis temores.

(Continuará.)

